

¿Podemos los analistas confrontar teoría?

SILVIA BLEICHMAR *

La anécdota constituye esa particularidad histórica, ese pequeño hecho curioso, relato que puede aclarar lo que está por debajo de las cosas, la psicología de los hombres (1). A diferencia del acontecimiento puro, la anécdota es ya "el hecho" teorizado, reelaborado, puesto al servicio de un encadenamiento que trasciende lo singular y se define en el marco de una generalidad simbólica. Desde esta perspectiva, ejercerá el relato de una anécdota, de un suceso acaecido hace algunas semanas, ejercicio que puede poner en marcha una serie de ideas cuyo desarrollo me propongo exponer y que introducen cuestiones que trascienden, como ocurre siempre - aún cuando no fuera sino implícitamente-, lo meramente circunstancial.

Se trata de la conversación sostenida con dos jóvenes colegas que me demandan acerca de mi formación. Se aúna en ellos el deseo de saber quién soy -es decir de qué linaje provengo- y, al mismo tiempo, de encontrar un referente generacional que les permita colocarse a sí mismos en una reflexión acerca de su propio encaminamiento. Les expongo brevemente com quienes estudié originariamente, haciendo mención, en particular, a uno de aquellos a quienes considero "maestro"; el tono es más bien evocativo, me invaden vivencias, recuerdos, sólo traslucibles, del reverso de la hoja, por un tono afectuoso y de respeto que culmina con una observación nostálgica: "en la actualidad la vida nos ha llevado hasta una posición más de pares... compartimos muchas inquietudes y nos planteamos

problemas comunes". Uno de ellos responde: "por supuesto". No sé si estoy entendiendo exactamente a qué se refiere; pregunto qué quiso decir con ese "por supuesto". Responde: "A que ya no existe esa relación de "maestro", ahora es distinto".

La afirmación -es indudable- convoca a una reflexión. Dar por supuesto la desaparición, no de un modo de enseñanza del psicoanálisis, sino de un modo de relación intersubjetiva definida por las circulaciones libidinales que dan origen a la transferencia, es esto lo que está en cuestión. Y de ser así, qué validez puede otorgarse a un enunciado de este tipo? Y aún más, en caso de que históricamente se produjera algo de este orden: la desaparición de la función del maestro, qué consecuencias tendría y aún, a qué se debería, el que ello ocurriera de tal modo?

Las cuestiones quedan abiertas: dejemos emerger las ideas: Si un proceso tal se diera, si el psicoanálisis pudiera aprehenderse fuera del campo de la transferencia... en este caso, el psicoanálisis devendría perversión pura; se anularían las líneas de la transmisión, cada analista se autoengendraría en una referencia solipsista que liquida toda referencia terciaria... El espacio transicional de la teoría, espacio de simbolización y de intercambio, devendría objeto aislado, al servicio sea del autoerotismo, sea de lo

* Psicanalista; doutora pela Universidade Paris III; diretora da Revista Teórica "Trabajo del Psicanalisis; Buenos Aires.

autoconservativo. Es posible la transmisión analítica sin función de transferencia?. El psicoanálisis es un artesanato que no se aprende en forma anónima ni se constituye sin residuo neurótico, identificatorio; que después se replanteen los términos de esta transferencia, que se reparta y se ventile, que se desplace a nuevas relaciones transferenciadas, eso es otra cuestión... Que el analista no deba ser capturado en un imaginario que anule toda capacidad crítica y que tenga no sólo el derecho de discutir los posicionamientos teóricos en los cuales se formó y elaborar la relación con sus maestros como elabora el sujeto en análisis los posicionamientos paternos que lo someten desde sus ideales pendulando entre la productividad y la repetición es también necesario... Si no hay maestro, hay "opinión", no transmisión, el juego de la verdad desaparece, y con ello, toda posibilidad de conocimiento: será la empiria el nuevo orden de referencia? Someteremos la verdad de los enunciados a la "clínica, y el psicoanálisis devendrá sólo un saber práctico? Y cómo concebir la prueba de validación empírica cuando lo que se reifica son los enunciados? Lo dejaremos establecerse como pura lógica discursiva, y en tal caso el delirio impecable instituido por una lógica de la no contradicción registrará nuestros posicionamientos teóricos? Al rehusar la función del maestro, se destituye el carácter verdadero de una transmisión posible. Entre el dogmatismo y el positivismo, esta destitución no hace sino expresar la gran paradoja del psicoanálisis actual, aun cuando más no sea por un camino colateral.

Concebida la transferencia como pura captura evitable desde el inicio, se recrea la fantasía de no interponer, entre el sujeto y el texto, ningún tipo de intermediario imaginario. Y, sin embargo, cierto orden de legitimidad avala la preocupación de estos dos jóvenes principiantes y nos convoca a una repuesta no tradicional. Años de burocratización y de sometimiento al discurso del Amo no propician sino, por la negativa, el rehusamiento de sujetamiento a cualquier orden que pretenda erigirse del lado de un saber posible. No guarda este fenómeno cierta analogía con el viejo sueño de evitar la alienación por medio del ejercicio de una libertad-libertad cuyos determinantes no son claros y cuyas vías de ejercicio son igualmente confusas?

Esta cuestión no se manifiesta sólo en el interior del psicoanálisis, tiene su modo de expresión dominante en cierta vertiente filosófica de la posmodernidad que se sostiene en dos pilares: por un lado, expresa la voluntad histórica plasmada en los 60 por cierto sector intelectual o luchar contra toda forma de institución, en razón de que identifica, espontáneamente, institución, en razón de que identifica, espontáneamente, institución y burocracia. Si la burocracia es lo que anula toda discusión, el juego de lenguaje postula la oposición sistemática a cualquier tipo de consenso. "Cada uno debe constituirse, en nombre de sí mismo de su diferencia, agonísticamente, contra lo homogéneo, lo armonioso, lo universal declarado reductor? El riesgo: que cada uno se tome por su verdad. Considerando cada uno que hay tantas verdades como individuos..."(2) De un modo tal, el discurso se constituye como ejercicio contra otro discurso, como puro des-acuerdo, reteniendo poco de la conservación de un conocimiento posible.

Del autoritarismo homogeneizante y aniquilador al disenso absoluto, una circularidad improductiva se cierra en un riesgo de esterilización. El intento de descapturarse de todo atrapamiento por el discurso totalizante recae en pura confrontación agonística (3). Erigido el discurso como paradigma del lazo social, del modo de confrontación teórico, parecerían caer las redes que posibilitan que una discusión ejercida pueda corroborarse con un saldo de conocimiento acrescentado. Del autoritarismo homogeneizante al disenso absoluto, se plantea un bascular que no cierra sino en un circuito estereotipado, cuyo enriquecimiento se ha entorpecido definitivamente.

De qué modo lo vemos emerger hoy en el campo psicoanalítico? Sabemos, y nos vemos obligados a proponerlo con la fuerza de una aseveración dolorosa, que el psicoanálisis está en crisis. Sabemos también que esta crisis no es algo "que le caiga desde afuera" al psicoanálisis, no es el puro afecto de una crisis externa, referida a la economía o a los modos sociales de ejercicio del poder; el psicoanálisis arrastra su propia crisis, interna de un campo del conocimiento que no logra normalizarse estructurando sus paradigmas como verdades aceptadas por la comunidad científica de pertenencia.

Durante años se ha obturado esta crisis, haciendo tabla rasa con las contradicciones de la obra freudiana y superponiendo a ella una lectura de la misma que la hace devenir "sistémica", sometiénola a un proceso de elaboración secundaria. La intención de constituir un "Lector Supremo" no sólo ha anulado el carácter lacunar y contradictorio de la misma sino que ha tomado por separado cada uno de sus elementos para hacerla jugar en la dimensión de una obra diversa. De tal modo, no es infrecuente que escuchemos hoy, invocando el nombre de Freud, enunciados que jamás no solo se hacen explícitos bajo su pluma, sino aquellos contra los cuales se embarcó en ciente polémica a lo largo de su vida; o contraponer un argumento parcialmente extraído de sus textos en el interior de una polémica perdiendo de vista que unos años después él mismo reformularía los términos en los cuales ese argumento fue ofrecido.

Cada transmisor se ha erigido, de uno u otro modo, en lector supremo. Sea ello siguiendo lo propuesto por un maestro al cual adhiere, sea como efecto de una cierta tendencia inmanente a un modo de aproximación epistémica de la obra. De tal modo, no sólo vemos escuelas enteras establecerse sobre uno o dos textos freudianos sino aún desconocer la existencia del resto de sus escritos. En el peor de los casos, la citación toma el carácter de un "recurso a Freud"; así, vemos establecerse afirmaciones del siguiente orden: "El yo se rige por intereses vitales (Freud, 1914)" como soporte de todo un discurso destinado a poner de relieve una idea del autor de dicho texto y, en la misma publicación psicoanalítica, diez páginas más adelante: "El yo es una estructura libidinal efecto residual del amor parental (Freud, 1914)" mediante lo cual otro propone un desarrollo totalmente distinto.

Dos posibilidades quedan abiertas entonces ante el joven aprendiz de analista: o se enloquece con este verdadero proceso primario fragmentario y superpuesto con el cual las publicaciones recuperan parcialmente enunciados freudianos, o adhiere dogmáticamente a una corriente y, para evitar la confusión desestructurante, se rehusa a leer todo lo que no sea concordante con aquello dominante en la tendencia que ha elegido. No son sin embargo estas las dos únicas opciones. La tercera de ellas, característica por

otra parte de un modo de enunciado que Jean F. Lyotard ha denominado como *diferendo*, tiene las características que enumeraremos a continuación.

El diferendo: reducción y subordinación a una sola legitimidad

En su texto "El diferendo" (4) J. F. Lyotard contrapone dos tipos de modos de confrontación: el litigio, caso de conflicto entre dos partes que puede ser zanjado por un juicio que remite a una regla común y, por ende, a un solo género de discurso, y el diferendo, que representa el caso de un conflicto que no puede ser zanjado con ayuda de una regla de juicio aplicable a las argumentaciones opuestas. El diferendo designa el caso en el cual el demandante es despojado de los medios de argumentar y deviene una víctima, dado que el conflicto que opone a los contrincantes es traducido en el idioma de uno de ellos en tanto que el daño que el otro sufre no significa nada en este idioma. El diferendo remite, por ende, a la cuestión de la legitimidad; y es en función de que habiendo dos órdenes de legitimidad una de ellas anula a la otra que la víctima queda sin sistema referencial en el cual protegerse. A partir de ello la incompatibilidad es total, dado que los regímenes que legitiman los enunciados corresponden a órdenes distintos. En tal caso, quedan dos opciones, o se reconoce la imposibilidad absoluta de legislar acerca de la verdad, o se remite la legitimidad de los enunciados de uno de los contrincantes a la del otro y en tal sentido, el enunciado es anulado.

Veámoslo en uno de esos ejemplos que "dejan mudo" y someten a angustia extrema a un ser humano: Una mujer que sospecha que su marido la engaña, encuentra en la cajón de éste una nota de restaurante de una cena para dos personas cuya fecha corresponde a un día en el cual, supuestamente, el ha debido quedarse trabajando. Cuando lo increpa él la ataca acusándola de que ha hecho intromisión en su intimidad, de que "con alguien así no se puede vivir, ya que uno no tiene privacidad", y que todo esto lo hace pensar sobre qué bases pueden constituir una pareja. Evidentemente, los sistemas de legitimidad corresponden a órdenes diversos: uno de ellos sostiene como valor la fidelidad, el otro la privacidad. El carácter perverso de la situación

está dado por el hecho de que este último orden de legitimidad ha sido acuñado a último momento, y produce ora risa ora indignación en el espectador ajeno al conflicto, en la medida en que se reconoce la vieja regla de que la mejor defensa es el ataque; pero, de hecho, asistimos a un diferendo que despoja del derecho de litigar a uno de los miembros haciendolo devenir víctima. En un caso tal ya no hay litigio.

En ciertas discusiones teóricas a que nos vemos obligados a asistir en el medio psicoanalítico, es frecuente también que la confrontación tome el carácter de un diferendo y no de un litigio. Supongamos que la discusión verse alrededor de una cuestión teórica del origen siguiente: un analista relata el caso de un niño encopretico para el cual el pene aparece como un objeto "no abrochado", despegado de su propio cuerpo. Analiza esta cuestión desde una perspectiva puramente freudiana, remitiéndolo a los modelos del narcisismo originario y de las identificaciones masculinas fallidas; un colega lo increpa, desde otra perspectiva teórica: por qué no ha hablado Ud. del objeto a? El discurso del primer analista queda de inmediato invalidado, en la medida en que un solo orden de legitimidad teórica es reconocida; en razón de ellos, uno de los contrincantes queda anulado en sus posibilidades discursivas, o debe someterse al sistema de legitimidad propuesto por el otro; en términos de Lyotard, ha devenido víctima.

Imaginemos ahora que, de un modo totalmente distinto, el segundo analista, aquel que considera haber encontrado un hallazgo fecundo en la teoría del objeto a en psicoanálisis proponga: "Ha considerado Ud. la posibilidad de ejercer una lectura de este material clínico desde la siguiente perspectiva? Y exponga a continuación una lectura del mismo bajo los esquemas teóricos por los cuales se rige. Habremos dado, evidentemente, un paso adelante en la consecución de un modelo más democrático para el intercambio discursivo entre analistas -; y ello no es poco!; no se habra producido un daño, ya que este último no desautoriza-repudia, en el sentido de una Verwerfung - el orden de legitimidad en el cual se basa el trabajo de su colega; sin embargo, desde el punto de vista del conocimiento, sólo se habrá reconocido que dos órdenes de legitimación teórico son posibles, y cada uno de

ellos quedará solitario sin "puesta a prueba" ni verdadera confrontación.

La situación no es sencilla. Quienes presencien el debate se verán, en última instancia, llevados a optar o bien por lo que ya traen como modelo teórico - con lo cual no harán sino corroborar lo que ya saben-, o bien por las simpatías transferenciales circunstanciales derivadas de la agilidad de los "agonistas". Habrá tantas verdades como sujetos participen de la discusión; a lo sumo algunos se alinearán en los bandos cuya fuerza defina el movimiento discursivo ... La relación de fuerzas, complejo sistema de equilibramiento de estrategias verbales y transferencias previamente establecidas, culminará con el triunfo o la derrota, puramente narcisística, de una u otra línea.

Una pseudo-democratización nos permitirá pasar del diferendo a la confrontación "agonística", sin que ello implique realmente un trabajo en el despejamiento de la contradicción.

Contraposición, contradicción, un modo de "hacer trabajar" el psicoanálisis

Una de las dificultades mayores que ha impedido una lectura "en contradicción" - para volver a esta cuestión ya señalada de la crisis del psicoanálisis - de la obra de Freud es, evidentemente, el prejuicio positivista. Concebida la obra de Freud como herramienta para un "saber práctico", ausente la posibilidad de someter a prueba una cientificidad dada por supuesto, los analistas se limitaron, durante años, a repetir sus enunciados fragmentando sus órdenes de pertenencia y anulando, de tal modo, la posibilidad de encontrar determinaciones posibles para un trabajo de la contradicción. Que un "continuo homogéneo cronológico" no sólo no permite abrir la contradicción sino que es el mejor modo de mantenerla fuera de un develamiento posible lo hemos aprendido en nuestro quehacer clínico. A quién se le ocurriría tomar por "verdadero material" un relato pormenorizado de la vida de un paciente, relato cronológico que nos permite conocer su "historia oficial" pero qué, de hecho, no abre ningún orden de significación posible; un relato así satisface una curiosidad pobre, anecdótica, no inaugura fuentes de ruptura por las cuales brota una

nueva historia.

La cuestión de la contradicción en el plano del conocimiento es tal vez uno de los problemas centrales que nos ocupan. Adorno lo formulaba en su polémica con Popper en los siguientes términos: "La contradicción no tiene por qué ser, como Popper supone al menos aquí - se refiere al Coloquio sobre el Positivismo que propició en encuentro realizado en 1968 - una contradicción meramente "aparente" entre el sujeto y el objeto e imputable exclusivamente al sujeto en calidad de insuficiencia del juicio. Antes bien puede tener su lugar - un lugar en extremo real - en la propia cosa, siendo, en consecuencia, ineliminable del mundo por simple aumento del conocimiento o por mayor claridad en las formulaciones"(5). La contradicción, siguiendo en esto la famosa idea hegeliana, es contradicción necesaria que se desarrolla en la cosa misma. Y Adorno culmina: "No sería difícil reprocharme una equivocación: en Popper el problema es algo de naturaleza exclusivamente epistemológica en tanto que en mí es a un tiempo algo práctico, en último término una circunstancia problemática del mundo. Ahora bien, lo que está en juego es precisamente la validez de tal distinción. Introduciendo en la ciencia una separación radical entre sus problemas immanentes y los reales, pálidamente reflejados en sus formalismos, lo único que se conseguiría es una auténtica fetichización de la misma (6).

La "renegación" de las contradicciones de la obra freudiana tiene entonces su raíz en algo de este orden. En primer lugar, en la suposición positivista de que la contradicción es un "error de juicio", a partir de lo cual, un Freud inimputablemente omnisciente no podría ser sometido a imputaciones de tal tipo. Si la contradicción es algo que opera del lado del sujeto - un problema de "juicio" - no hay entonces posibilidad tal en la obra freudiana y más aún, cuando la contradicción salta a la vista, es problema del juicio del lector, que "no ha entendido bien". Del lado de la cosa misma, por el contrario, la contradicción aparece como irresoluble, y si no se concibe la teoría como puro "reflejo" de la realidad de la contradicción si, se respeta la autonomía y los órdenes de pertinencia que definen el accionar teórico, la teoría en su sentido más estricto - la metapsicología - queda sometida a una fetichización. Entonces cuando "se teoriza" la clínica, y ello con la

mejor voluntad, no queda más remedio que una parcialación de los enunciados que de cuenta de aspectos parcialmente verdaderos en el intento de capturar la contradicción de la cosa. Pero toda posibilidad de conocimiento y confrontación son anulados: "Ah, Ud. ve esto, pues fíjese que yo veo tal otra cosa".

En psicoanálisis, al menos como nos lo propuso Freud, el problema de la contradicción toma una derivación central: la del conflicto. La contradicción no es patrimonio del inconciente, el inconciente se rige por la no contradicción; la cuestión de la contradicción es inherente al sujeto psíquico en sentido reducido, como sujeto centrado en el yo, como tendencia a la expulsión a otra tópica de aquello que resulta perturbante para sus certezas - acerca de sí mismo, en primera instancia, pero también acerca del mundo, de los objetos-. Inevitablemente, en su proceso de cercamiento del objeto, y de un objeto cuya característica es sustraerse - tal la cualidad del inconciente - Freud atraviesa un camino sinuoso y complejo de idas y vueltas que no puede resumirse en una recta ascendente; a lo sumo en una espiral contradictoria.

Los enunciados cobran órdenes de pertenencia distintos, Y dan cuenta de diversos movimientos en la aprehensión del objeto. En ciertos momentos, por ejemplo, el narcisismo - contrapuesto al amor de objeto-, es equivalenciado al autoerotismo -y una perspectiva cognoscitivista encuentra todo su aval para superponer una psicología de la apertura hacia el objeto de conocimiento a partir del objeto exterior al yo-; en otros momentos, el narcisismo encuentra su estatuto en el orden de una economía libidinal que lo diferencia del autoerotismo y cuyas consecuencias inauguran las diferencias entre la sexualidad disgregante del inconciente y el amor totalizante del yo. Problemas de derivación de lo sexual a lo amoroso se abren en una perspectiva de comprensión de los trastornos clínicos cuyas consecuencias técnicas no son simples. Y esto no sólo en momentos distantes cronológicamente, sino a veces con dos páginas de diferencia, sin fechaciones distintas. Quien haya leído más o menos cuidadosamente "Pulsiones y destinos de pulsión" verá emerger, en dos páginas sucesivas, dos definiciones del apuntalamiento -de la famosa Anlehnung que da surgimiento a la pulsión-, en el primer caso Freud coloca el apuntalamiento del lado

de lo somático, en el segundo, del lado del objeto-sexual? de amor?-. Esto obliga, evidentemente, al lector a hacer un trabajo donde dos enunciados contradictorios sean remitidos a sus respectivos órdenes de pertenencia teórico, los cuales someramente podemos definir como una vertiente del surgimiento de la sexualidad por delegación de lo somático en lo psíquico, y otra vertiente por “depositación-inscripción” del objeto sexual en la instalación de la pulsión.

Si hay que “hacer chirriar las bisagras de la teoría hasta el último gozne”, como propone Jean Laplanche, ello no es sino porque en su develamiento-ocultamiento el objeto mismo se abre en el plano de una contradicción que se ejerce bajo el modo del conflicto ante el sujeto que queda capturado por las determinaciones de un inconciente cuya insitencia desconoce.

La contradicción no se define entonces ni como un problema del juicio lógico, ni como un existente en la cosa misma del cual la teoría no podría descapturarse, sino como un movimiento complejo de aprehensión de la cosa por un discurso que despliegue la contradicción en lugar de reflejarla u obturarla bajo los modos de la reificación de este discurso.

Para volver a Adorno, el cual plantea en el interior de las ciencias sociales la cuestión: “El hecho, por otra parte, de que la concepción del carácter contradictorio de la realidad social no sabote su conocimiento ni lo entregue al azar, se debe a la posibilidad de concebir incluso la propia contradicción como necesaria, extendiendo así a ella su racionalidad” (7)

Los psicoanalistas nos debatimos hoy en la búsqueda de una resolución del antidogmatismo que no nos precipite en el eclecticismo; hemos recorrido un camino demasiado difícil como para volver atrás, y este camino devendría una banalidad si no nos conduce a una fuerza de rigorización no dogmática.

En esa búsqueda, no se trata de producir “actos” sino de abrirnos a un nuevo proceso de reflexión. Estos “actos” pueden inaugurar una nueva perspectiva política, pero no redundan, de hecho, en un enriquecimiento conceptual. Supongamos un panel, un congreso, una publicación, que se caracterice hoy por su apertura hacia las diversas tendencias que

operan en interior del pensamiento psicoanalítico contemporáneo. Cada uno escribe, o habla, al lado del semejante, sin tocarse, sin intercambiar, sin debatir: Bion al lado de Lacan, Klein junto a Dolto; la coexistencia témporo-espacial con el contrincante teórico aminora las inquinas, y ello es condición necesaria del diálogo, pero no suficiente. Si cada una de las teorías no es revisada en su fundamento, si no se trabaja una propuesta de elaboración de las contradicciones y abordaje de su resolución por relación e la obra freudiana y en el interior de la misma, es imposible que se “normalicen” los paradigmas que permitan al psicoanálisis de su situación de ciencia en crisis permanente.

La creencia, el malentendido

Nos hemos habituado a considerar el malentendido como una forma espúria de la comunicación. Ello no así en la comunicación cotidiana, mucho menos en la amorosa, sin embargo, el malentendido no es sólo un error impalpable en su fuente, sino un error inverterado y durable en sus consecuencias. Para que haya malentendido es necesario no sólo haber entendido mal, sino no darse cuenta de inmediato, o, al menos, hacer como que uno no se ha dado cuenta de inmediato -de este modo que hemos elegido para desarrollar nuestras ideas lo propone el filósofo Vladimir Jankélévitch en los pequeños y bellos volúmenes que se llaman “El yo no se qué y el casi nada” (8): “Al orden legal o escrito el malentendido superpone un orden no escrito o implícito, y este orden tiene por efecto hacer viable la coexistencia de los egoísmos, permitiendo por ejemplo la violación de reglas inaplicables que exigen teóricamente ser observadas pero toleran prácticamente ser trastocadas, y son incluso hechas para ello. ; A Dios gracias, los hombres tienen la oreja un poco dura y no comprenden de entrada lo que se les dice!... Gracias a ese lubricante del malentendido las relaciones interpersonales chirrían un poco menos... El malentendido trama, entre los caníbales que podríamos volver a ser, una especie de *modus vivendi*, y todo un ceremonial convenido de ligazones imaginarias y pseudo-reconciliaciones. Así, decir que el malentendido tiene una función social es

poco: él es la sociabilidad misma". (9)

Cuando el objetivo de las reuniones de los científicos se subvierte, y se pone al servicio de las alianzas políticas -tendenciales, institucionales- o aún, en su aspecto mas degradado, económicas, es indudable que el malentendido debe cumplir una función que evite el despedazamiento mutuo. Pero en este caso no es el saber aquello que se preserve, sino puramente un juego instituyente o descalificante en el cual más que al servicio de la ampliación del conocimiento lo que se pretende es el fortalecimiento de algún tipo de ensamblaje piramidal que posibilite la adquisición, mantenimiento o destitución de las posiciones de poder.

Es imaginable una discusión entre Einstein y Neils Bohr (10) respecto a las diferencias entre la teoría cuántica y la teoría de la relatividad que terminara con la siguiente afirmación: "Después de todo, estamos hablando de lo mismo"? Al menos, ellos sí se pusieron de acuerdo; respecto al desacuerdo...! Sin embargo, cuántas discusiones terminan en una confusión en la cual los analistas parecen estar hablando de lo mismo cuando los conceptos que barajan no solo entran en contradicción entre ellos sino en el interior de sus propios desarrollos. Es esto producto de que los analistas serían más "narcisistas" que el resto de la comunidad científica, y que debido a ello no aceptarían la confrontación o harían como que esta no existe cuando de hecho se produce, porque cuando la asumen llegan al canibalismo más despiadado? No nos parece una explicación tal de suficiente peso. Más aún, sería necesario demostrar mediante grados de narcisismo, con un especie de "narcisómetro", a qué comunidad intelectual le corresponde una calificación de tal tipo, y ello, afortunadamente, es indemostrable.

De todos modos, el malentendido, que opera fructíferamente en la mayoría de las relaciones sociales que tienden centralmente a la preservación de los juegos o al impedimento de la expansión agresiva, es precisamente aquello que ponemos en tela de juicio, constantemente, en nuestro oficio de analistas. Cuando preguntamos "qué quiere decir egoísta..." a "a qué se refiere cuando dice amarla"... "qué es un caballo"... (cuando pedimos, en suma, asociaciones), intentamos

la disminución de la polisemia, en ese momento puntual, al grado cero. Sabemos que esta reducción es imposible en las lenguas naturales, en los lenguajes no matemáticos, pero es sin embargo una tendencia anhelable, y así intentamos ejercerla en nuestra práctica cotidiana. No es del mismo modo como debemos operar en la lectura y en la revisión de textos, y a falta de asociaciones, tomar los discursos existentes alrededor de lo mismo para ejercer este procesamiento de reducción polisémico? La cuestión es que todo lo que queda en los bordes, el resto, no es anulable, debe ser reinscripto de algún modo hasta que deje de insistirse en el sujeto, sea en la teoría.

Poner a jugar la clínica por relación a la metapsicología, y luego la metapsicología vigente en los textos freudianos - y no nos referimos sólo a los de 1914-15 sino a todos aquellos que intentan una formalización que no se propone sólo como resumen de la experiencia sino como reformulación conceptual misma-reemplazada en sus propios órdenes de referencia, he aquí una verdadera tarea de normalización del psicoanálisis.

Volvemos desde este movimiento que efectuamos a la reformulación de la cuestión de la confrontación en psicoanálisis. La teoría nunca se detiene sino en el propio elemento que de inicio arrastraba como un lastre. No se trata sólo de que "hasta aquí llega" una formulación teórica, sino de que en este hasta aquí se ponen en evidencia las impasses originarias que permitiéndole avanzar hasta un punto, paralizan su fecundidad futura. Si hay algo que se pone en evidencia en la obra freudiana es que, paradójicamente, el descubrimiento del concepto ampliado de sexualidad - como sexualidad infantil, pulsional, autoerótica -, se inscribe en una propuesta centralmente endogenista que no puede sino culminar, en la segunda tópica, con el ello filogenéticamente heredado. A partir de esto, es imposible, sin este procesamiento de deslinde, aceptar simultáneamente el modelo del capítulo VII - modelo de inscripciones, de huellas mnémicas - sin poner en revisión el concepto de filogénesis. Un verdadero malentendido que culmina en confusiones irresolubles correspondiente a enunciados del siguiente tipo: "la huella mnémica es lo que luego Freud llama el representante-representativo pulsional" - perdiéndose

de vista que si el primer concepto alude a la constitución exógena del inconciente el segundo es impensable sin el paralelismo psico-físico y, en definitiva, se juega un endogenismo para el cual lo externo y lo interno deben ser redefinidos.

Más brutal es aún el intento homologador cuando uno se ve confrontado a cuestiones del siguiente orden: “Ud. piensa que el espacio transicional de Winnicott debe ser ubicado en el orden de lo imaginario o de lo simbólico en Lacan?” Cuando para ello tendríamos que definir previamente el lugar que Winnicott otorga a un orden terciario, ordenador de los intercambios en el sentido que la estructura del Edipo ocupa en Lacan, y ver si los fenómenos que explora pueden ser concebidos en un orden de explicación de este carácter. No se trata de agregar Winnicott a Lacan, o viceversa, sino de ver si las estructuras teóricas tienen coordenadas capaces de ser intersectadas, y de no ser así, de explorar en cada una de las teorías en cuestión a partir de una toma de posición que no subordine al modo del diferendo la potencialidad discursiva de una de ellas.

Supongamos que tomemos el siguiente enunciado winnicottiano: “La ‘madre’ suficientemente buena (que no tiene por qué ser la del niño) es la que lleva a cabo la adaptación activa a las necesidades del niño para hacer frente al fracaso en materia de adaptación y para tolerar los resultados de la frustración” (11). En principio, “madre”, alude a función, no a engendramiento biológico; en segundo lugar, esta función está definida no por la capacidad de otorgar protección vital sino por “capacidad activa de adaptarse a las necesidades”, necesidades que incluyen, como vemos unos párrafos más adelante, la posibilidad de generar una ilusión omnipotente de posicionamiento del pecho... Por último, debe efectuar estas tareas haciendo caso a las posibilidades crecientes del niño de tolerancia a la frustración y a sus propios fracasos adaptativos. Winnicott no indaga sobre qué es lo que lleva a la madre a poder llevar a buen término o no esta función; no está en su orden de intereses, le preocupa más desde la perspectiva que aborda comprender cómo el niño pasa de la ilusión omnipotente de posesión del objeto -pecho- al principio de realidad. Incluir al inconciente materno, así como el orden que establece la matriz simbólica en la cual se estructuran los

intercambios entre la madre y el niño es cuestión nada despreciable, y los psicoanalistas actuales nos podemos dedicar a ello. De todos modos, ello no se produce como movimiento de sumatoria, sino como reinscripción y reformulación en el interior de cada una de las teorías en cuestión. Indudablemente la adscripción de Winnicott al psicoanálisis de origen anglosajón no puede hacernos olvidar que nunca se planteó, en la línea dominante en que su obra se inscribe, la cuestión de la constitución del inconciente; a lo sumo, aquella que hace a su destino en la tópica psíquica. De tal modo, es necesario explicitar estas diferencias y en ese marco retranscribir -al modo de Niederschrift, en las cuales algo necesariamente se perderá al pasar a un registro diferente, los posibles paradigmas estructurantes del psicoanálisis de niños.

Lo que de ningún modo se puede hacer, es remitir el orden de legitimidad winnicottiano al lacaniano, so pena de constituir un verdadero dano al corpus teórico. El silenciamiento del proceso discursivo originario es lo que está en cuestión cuando se anulan los órdenes de pertenencia, y es aquí donde nos encontramos en pleno diferendo.

Quienes han hecho por ejemplo, tabla rasa con los conceptos anteriores al edipo complejo y homologan este a la instauración de la metáfora paterna, no proceden de otro modo cuando se trata de conceptos realmente intranscribibles en la obra de Freud. Decir que la represión originaria -que fuera abordada de inicio en el texto de La represión de 1915- puede ser instaurada en el momento del fort-da, pierde de vista que un largo procesamiento debería ser establecido para que esta conclusión no tenga el viso absurdo que assume cuando se postula en un intento de hacer entrar lo incognoscido en los órdenes de lo poco sabido. No se trata sólo de que Freud nunca lo haya explicitado en este orden, sino que faltan los entronques teóricos pertinentes. A saber: el fort-da es empleado como modelo de los primeros modos de dominio del traumatismo regido por algo que va más allá del principio del placer. En tal sentido, parecería jugarse más el modo de los mecanismos que Freud mismo ofrece, cinco años antes de formular este concepto de compulsión de repetición, cuando ortoga en “Pulsiones y destinos de pulsión” ese modelo, abierto de la

fundación de los grandes movimientos pulsionales, "transformación en lo contrario" y "vuelta contra la persona propia". Si ello es así, el fort-da es el modelo de los primeros movimientos de dominio de lo pulsional bajo un modo de apoderamiento de la ausencia-presencia del objeto; queda sin embargo abierta la cuestión de si ambos mecanismos estructurantes - transformación en lo contrario y vuelta contra sí mismo - corresponden en su constitución lógica a un mismo momento o aluden a fundaciones diacrónicamente estructurada -. Todo parecería indicar, de todos modos, que el fort-da más que ofrecer un modelo de la represión originaria ofrece nuevamente un modelo de las primeras estructuraciones defensivas de los destinos pulsionales anteriores a la represión originaria.

Intento, a través de estas líneas, ofrecer algunos ejemplos de la complejidad teórica con la cual nos enfrentamos y de la facilidad con la cual se zanján a veces por decreto, desde una perspectiva posmoderna - hay tantas verdades como sujetos, hay tantas verdades como psicoanalistas -, las grandes cuestiones abiertas.

Por supuesto, estamos lejos de un ideal epistemológico de la armonía con la cual se soñó a mediados del siglo a partir de la solución estructuralista. Y a partir de ello, retomando a Adorno para hacer una equiparación entre nuestros problemas y los de los científicos sociales: "Parece innegable que el ideal epistemológico de la elegante explicación matemática, unánime y máximamente sencilla fracasa allí donde el objeto mismo, la sociedad (en nuestro caso el aparato psíquico atravesado, más aún, constituido por el conflicto), no es unánime ni sencilla, ni viene entregado de manera neutral al deseo o a la conveniencia de la formalización categorial, sino que es, por el contrario, bien diferente a lo que el sistema categorial de la lógica discursiva espera anticipadamente de sus objetos. La sociedad es contradictoria, y, sin embargo, determinable [al igual que nuestro objeto, el inconsciente, tal como lo formuló Freud en su exordio al texto de la metapsicología (12)]; racional e irracional a un tiempo, es sistema y es ruptura... A ello debe inclinarse el proceder todo de la sociología. De lo contrario incurre, llevada de un celo purista contra la contradicción, en la más funesta de todas: en la contradicción entre su estructura y la de su

objeto"(13)

Evidentemente, no se trata de volver a la creencia dogmática, tampoco de disolver la función de transferencia por decreto en la transmisión del psicoanálisis. Se trata, en nuestra opinión, de que cada productor de teoría pueda hacer entrar en juego sus propios enunciados en el sistema de contradicciones que pone de relieve, y en el movimiento de apropiación de conocimientos transmita tanto su procesamiento como las cuestiones problemáticas abiertas a una dialectización de las discontinuidades en las cuales nuestro saber se instituye como conocimiento verdadero, tanto en su carácter clínico como en sus posibilidades de transceder un saber práctico.

Notas

- 1) Según la definición que ofrece el Petit Robert
- 2) J. Ch. Ruby "Jean Francois Lyotard et l'enthousiasme expérimentaliste" en M. publicación mensual, Paris, N. 24, Noviembre-diciembre, 1988, p.58
- 3) Empleamos agonístico en su acepción griega, que comprende al mismo tiempo lucha y angustia.
- 4) J. F. Lyotard, *Le differend*, Ed. Minuit, Paris, 1983 (Hay reciente traducción al castellano).
- 5) T. Adorno, "Sobre la lógica de las ciencias sociales", en Popper, Adorno, Dahrendorf, Habermas, *La lógica de las ciencias sociales*. Ed. Grijalbo, México, 1978, p. 32 (Trad. del alemán de *Der Possitivismusstreit der deutschen Soziologie*, Herman Luchterhand Verlag, 1969).
- 6) Ibid. p.33
- 7) Ibid.
- 8) V. Jankélévitch, *Le Je-ne-sais-quoi et le Presque-rien*, Ed. du Seuil, Paris, 1980, Vol. II
- 9) Ibid. p.211
- 10) Ambas teorías -la cuántica y la de la relatividad- constituyen los dos pilares de la física moderna. Sus contradicciones no pueden ser resueltas por medio del juicio, aluden a campos de la realidad diversos. Un excelente tratamiento del tema puede encontrar el lector en: Barry Parker, *El sueño de Einstein*, Ed. Cátedra, Madrid, 1990.
- 11) D. W. Winnicott, *Realidad y Juego*, Granica Editor, Buenos Aires, 1972 p.27
- 12) Pequeña introducción cuyo valor epistemológico no ha sido, en nuestra opinión, suficientemente explorado aún por el psicoanálisis.
- 13) Op. cit. p.38.